

¿TIENE FUTURO LA HOMILÍA?

Actualmente se da una situación muy curiosa. Por una parte, la gente se pasa horas ante el televisor recibiendo sin rechistar el impacto de la publicidad y los mensajes subliminales de informadores y entrevistadores, con la única alternativa de cambiar de canal o cerrar el televisor. Por otra, vivimos en una sociedad en la que, en ningún foro, nadie puede aspirar a decir algo sin que se le replique o, al menos, sin aceptar un espacio para el diálogo y la pregunta. ¿Cómo encaja la homilía en esa situación? El autor del presente artículo plantea claramente los problemas actuales de la homilía y sugiere pistas de solución sacadas, en gran parte, de su propia experiencia.

L'homélie a-t-elle un avenir?, Études 384 (1996) 809-817.

La pregunta no es retórica. Ciertamente, parece poco probable que, a corto plazo, se deje de predicar. Pero las dificultades que ha de afrontar este ministerio son tantas y las exigencias tan duras y complejas, que puede cundir el desánimo, tanto entre los predicadores como entre los fieles, si no se lo repiensa a la vista de los nuevos apremios de la sociedad y de la Iglesia.

¿Cuáles son las razones de ese estado de cosas? La primera, no específica de la homilía, es la dificultad de dar con un lenguaje de la fe en consonancia con la cultura contemporánea.

Sobre todo en las grandes parroquias urbanas, hay otra razón: la gran diversidad de público. Y no se trata tanto de diversidad sociológica, como de diversidad de formación religiosa y de actitudes espirituales.

Y una tercera razón: hoy una palabra no debatida no es aceptada, sino con reticencias. Sin contar con que cada vez son más numerosos los fieles que han adquirido una inteligencia de la fe que les permite adoptar una actitud crítica.

Para el Vaticano II, la homilía pertenece a la acción litúrgica. Pero hay que profundizar en algunas cuestiones sobre el estatuto de la homilía. Las principales son tres: ¿cuáles son los objetivos de la homilía? ¿cuál es el estatuto del que la pronuncia (o de los que intervienen en ella)? ¿a quién se dirige?

Se está de acuerdo en que la homilía no es ni un "curso de religión" ni la transmisión de un saber intemporal. Se trata de discernir los desafíos actuales del Evangelio y muy particularmente, para cada uno, del impacto en su vida personal de una determinada dimensión del mensaje. Naturalmente, no se excluye el que se puedan aportar elementos de conocimiento. Sobre todo, si se tiene en cuenta el déficit de cultura religiosa que existe hoy incluso entre cristianos practicantes.

Objetivos

Se dice a menudo que lo que importa es encontrar un lenguaje adaptado a nuestro tiempo. Este lenguaje, el predicador difícilmente lo hallará en la producción teológica.

Porque, aun queriendo ir a fondo, hay términos, como creación, resurrección, salvación, que son insustituibles. Al predicador le toca explicarlos de forma que, por ej., creación no se entienda como fabricación y resurrección como reanimación.

Ha de ir también a la caza de expresiones que confirman las imágenes recibidas, para puntualizarlas. Así, con ocasión del bautismo, se dice a menudo: "Vuestro hijo se va a convertir ahora en hijo de Dios". Fórmulas como ésta, a la larga, contribuyen a reforzar una concepción mecanicista del sacramento. El impacto sería distinto si la expresión fuese, por ej.: "Ahora se nos ha dado la señal de que vuestro hijo es hijo de Dios". ¿Se le reprochará a este lenguaje el escamotear la eficacia sacramental en beneficio de la sola función significativa? Para equilibrar la balanza hay que correr este riesgo. Muchos sacerdotes no advierten que las fórmulas hechas arrastran consigo imágenes desviadas. Así, algunas formas de hablar de Dios sin discreción, como si se tratase de un personaje cualquiera, por ej. "Dios ha querido", "Dios no permitirá...". Antropomorfismos, sin duda, inevitables. Pero que, en todo caso, hay que usar de manera que el que habla haga sentir que toma cierta distancia de ellos.

Para vivir el Evangelio hay que "saber" pocas cosas, pero situadas en su auténtico estatuto existencial y epistemológico. Es muy fácil afirmar que Cristo es Dios y hombre y pensar que, con esto, ya se "sabe" lo que es Dios y lo que es el hombre. En realidad lo que hace la fe en Cristo es invitarnos a comprender que la mirada puesta sobre la vida de Jesús y la experiencia de una vida iluminada por el Evangelio nos abren al descubrimiento siempre inacabado del hombre y de Dios.

Y lo que decimos del dogma cristológico lo podemos afirmar de todo otro conocimiento de fe: lleva a profundizar en el sentido de la existencia humana y de la relación del hombre con Dios. Si la homilía es más bien doctrinal ha de dejar claro el alcance existencial. Y si es más bien de orden ético, ha de poner de manifiesto el significado teologal.

Dimensiones del mensaje

La mayor familiaridad que hoy tenemos con el pensamiento bíblico y el lenguaje simbólico ayuda ciertamente. No obstante, el recurso al lenguaje de las imágenes y de los símbolos no basta. Sin ser una lección de teología, la homilía debe estar teológicamente estructurada. No hay que olvidar el lugar que el lenguaje conceptual ha de tener, bien articulado con el lenguaje simbólico.

El Evangelio reclama una mirada sobre la vida, que ayuda a discernir referencias concernientes a compromisos políticos, sexualidad, etc. Pero la objetivación ética tiene sus límites. También del discurso ético cabe afirmar, como de la antigua Ley: "La letra mata, el espíritu vivifica". Las referencias éticas sólo están al servicio de la vida si se reciben "en espíritu". En el ámbito ético, como en el doctrinal, la aptitud de una homilía para alcanzar su objetivo no reside sólo en lo que se dice, sino en la visión global que sugiere: en la espiritualidad subyacente.

La Iglesia católica aborda de una forma extrañamente diferente las dos vertientes de la cuestión ética: la colectiva y la privada. De ahí que el predicador adopte dos estrategias distintas. Respecto a la vida pública ha de guardarse de derribar unas puertas abiertas.

Denunciar el racismo o la injusticia social sólo resulta útil cuando se hace resaltar un "plus" capaz de suscitar una toma de conciencia más personal. Más vale no hablar que trivializar con machaconas repeticiones los temas importantes. En las cuestiones referentes a la biología y a la sexualidad el predicador no debe camuflar los desacuerdos actuales en el seno de la comunidad cristiana, sino que ha de afrontarlos y situarlos. Los oyentes captarán, sin duda, hacia dónde se inclina. Pero sólo una palabra abierta al debate puede lograr una acogida abierta al espíritu. No hay ética evangélica sin dinámica espiritual, sin interrogantes y sin riesgos.

¿Autoridad o testimonio?

La homilía se confía normalmente a presbíteros o diáconos. No obstante, el Derecho canónico precisa que "los laicos pueden ser admitidos a predicar en una iglesia o en un oratorio, si la necesidad lo requiere" (canon 766). La homilía aparece como una palabra autorizada, pronunciada en nombre de la Iglesia.

Pero la cuestión no es tan simple como parece a primera vista. Existen otras formas de tomar la palabra que, pese a las diferencias, tienen un significado eclesial cercano al de la homilía. En la forma tradicional -palabra pronunciada por una sola persona- se sitúa la intervención de un fiel no ordenado, por razón del rol que ha asumido en la comunidad (por ej., responsable laico de una parroquia sin sacerdote) o por petición ocasional del pastor de la comunidad. Siguen algunas intervenciones vinculadas a la homilía, como preparación o como complemento: testimonio de una experiencia espiritual o de un compromiso, reflexión sobre un texto de la liturgia o sobre un acontecimiento. Por fin, los debates en pequeños grupos sobre el Evangelio.

Tanto si se trata del Papa como de un responsable laico o de los que comparten un debate, se plantea la cuestión: la dimensión "autorizada" de la palabra ¿excluye del todo la subjetividad?

La dimensión "autorizada" de la homilía se articula siempre con una dimensión personal. Tanto si se trata de un sacerdote como, por ej., de una responsable parroquial; laica que suple al sacerdote cabe afirmar a la vez: que, en cuanto hablan en nombre de la Iglesia, los fieles tienen motivo para fiarse y, en cuanto introduce una parte de subjetividad, los fieles deben ser conscientes de ello y, llegado el caso, deben entrar en debate.

Una deontología impuesta

Esa parte personal no es sólo legítima, sino indispensable y compleja. Depende, ante todo, de la percepción de las necesidades de la comunidad. El predicador tiene su propio itinerario y, consciente o inconscientemente, ha optado por una determinada teología. Sin olvidar que, por la sinceridad que desprenden sus palabras, por la fuerza espiritual que les imprime, ejerce también un influjo personal en los oyentes. Ese carácter personalizado de la homilía no debe ser ni reprimido ni camuflado. Pero impone una deontología: el que pronuncia la homilía es responsable del impacto que produce su palabra y de su condición como palabra eclesial. Aquí resulta capital hacer una distinción entre lo que sería la palabra de la Iglesia y una palabra de Iglesia o eclesial.

Ninguna homilía, sea la que fuere la autoridad del que la pronuncia, es la palabra de la Iglesia. Pero toda homilía debe ser una palabra de Iglesia, o sea, una palabra que el oyente tiene motivo para pensar que es fruto de una reflexión iluminada por el Evangelio y madurada al socaire de la comunidad cristiana.

Esto nos plantea la cuestión del debate en la Iglesia. A partir de la época apostólica una palabra de Iglesia, de alguna forma, nace de debates. La homilía no los excluye, sino que los alimenta. Esto no entraña la realización *in situ*. Lo que importa es que, semana a semana, los debates se profundicen en una comunidad cuyos miembros intercambian sus puntos de vista cuando se encuentran en la vida ordinaria o en reuniones de la comunidad. Estos intercambios los fomenta o no el predicador, según que su palabra sea interrogativa y proporcione pistas de reflexión o, por el contrario, resulte absolutamente asertiva, sin dejar ni una rendija abierta a un posterior diálogo.

¿Puede la función homilética llegar hasta aceptar el debate durante la liturgia de la palabra? Sería el caso de algunos que representasen a pequeños grupos que han trabajado el tema. Tampoco aquí sirven las recetas. Lo esencial es que la asamblea en cuestión pueda llamarse asamblea de Iglesia. Los responsables pastorales -persona o equipo- deberán valorarlo. Si se trata de una asamblea de Iglesia, su debate, como su palabra, es debate de Iglesia. Seguro que ese carácter eclesial no podrá ser reconocido en cada intervención. Pero el conjunto de lo que se dice sí debe ser reconocido como emanando de una comunidad que se esfuerza por acoger el Evangelio.

¿A quién dirigirse?

En una parroquia urbana lo corriente es que el predicador conozca sólo una minoría de los presentes. Cabe hacer el siguiente análisis de una asamblea-tipo: la mayoría son creyentes sinceros, pero a menudo insuficientemente informados; un número no despreciable se "plantean cuestiones" sobre determinados aspectos de la fe y/o de la vida de la Iglesia. En celebraciones ocasionales, bautizos, matrimonios, funerales, algunos no saben exactamente si creen o no. Incluso puede haber increyentes, que no por esto dejan de estar dispuestos a escuchar atentamente.

¿Debe la homilía dirigirse a todos? Dejando de lado la cuestión del cómo y en principio, no hay duda de que la homilía, como el Evangelio, se dirige a todo el mundo. Si el sacramento tiene significado sólo para el creyente, la palabra vale para todos. Más aún: la homilía ha de dirigirse incluso a los ausentes, a los que se alejaron decepcionados por lo que escuchaban. Pues la palabra de la Iglesia resuena a dos niveles: en el de los que están presentes y en el de los que tienen una idea "de lo que se dice en las iglesias".

Algunos ausentes un día estuvieron presentes y algunos presentes pueden un día estar ausentes. Y esto, al menos en parte, depende de lo que "se dice en la iglesia". El que habla ha de pensar cómo desanima un discurso trasnochado, repetitivo, conformista, al que suele ir asociada una liturgia del mismo estilo.

Esto no significa que haya que predicar algo distinto del Evangelio, como sería limitarse a las exigencias éticas de un humanismo consensual o a una religiosidad sincrética. Pero lo que sí ha de procurar el predicador es que toda persona que esté presente se sienta respetada y bien considerada. Lo que importa, pues, es que por la forma como

hablamos del Evangelio, cada uno sepa que, tal como él es, tiene el derecho de escucharlo.

Acaso no en cada homilía, pero sí en la continuidad de un estilo de palabra, la asamblea debe captar que el enunciado de la fe no es el de un saber cerrado. Apuntar a que el oyente, sea cual fuere su camino, entienda el mensaje no es ciertamente empresa fácil. En todo caso, el que asume la responsabilidad de la homilía debe situarse en esa perspectiva y negarse a encerrar la asamblea en la imagen engañosa de un "nosotros" uniformemente ortodoxo.

¿Tiene futuro la homilía?

La preparación de una homilía exige sensibilidad, madurez y trabajo. La experiencia me hace sentir cada vez más esas exigencias. Además, la palabra que uno pronuncia, la ha de acoger primero uno mismo. Y ha de descubrir cada vez algo nuevo. No hay cosa peor que la rutina. Cuando una palabra que en su origen era viva - "pueblo de Dios", "Iglesia de los pobres", "Dios es amor"- se repite machaconamente pierde toda su capacidad de convocatoria.

En las condiciones actuales ¿está la Iglesia en condiciones de asegurar este ministerio? ¿Es buena la costumbre de diez minutos cada domingo? ¿Cómo evitar predicar a los convencidos y dejar a los demás? No sé qué será de la homilía. No obstante, me aventuro a proponer algunas sugerencias.

Subrayo la importancia del horizonte último, tanto mayor cuanto más uno se sitúa en una perspectiva de duración con la preocupación de hablar para todos. No es el "éxito" inmediato lo que cuenta. Sino su aptitud para proporcionar, a medio plazo, una inteligencia actualizada del Evangelio.

Para este ministerio nunca se está del todo formado. La preparación en equipo es ciertamente útil. Pero, para que salga una homilía madura, una hora de intercambio resulta insuficiente. Yo apostaría por una relectura crítica con una metodología seria: partir de grabaciones o de textos para evaluar el alcance de lo que se ha dicho respecto a las cuestiones de fondo.

La "función homilética" ha de ampliarse. Su diversidad favorece la dinámica de búsqueda, de "Iglesia en debate". Y contribuye a hacer comprender que la palabra se dirige a todos. Pero, sea cual fuere la forma, se requiere calidad. La mediocridad mata la palabra. Liberar la palabra es hacerla responsable. Y esta responsabilidad hay que exigirla de todos los que, de una u otra forma, hacen uso de la palabra. Sería un grave error no exigir esa responsabilidad de los laicos. Algunas comunidades están maduras para prácticas nuevas, otras no.

Pienso en la eventualidad de romper la costumbre de homilía por domingo, si hay que limitarse a los consabidos diez minutos. Éstos son insuficientes para una reflexión seria y profunda y excesivos para proponer una idea para la reflexión personal. Algunas comunidades podrían considerar la posibilidad de disponer una vez al mes de holgura de tiempo para una reflexión profunda y participada y dedicar los otros domingos a otro tipo de intervenciones más cortas: testimonios, noticias de la comunidad, meditaciones

silenciosas de la palabra, etc. ¿Resultaría acertado ese encuentro mensual de la palabra? Valdría la pena intentarlo. Al menos porque, para no pocos, el ritmo semanal resulta agobiante.

En fin: el marco de la liturgia no es el único. Para que una comunidad sea una Iglesia en debate, no es ni necesario ni suficiente que el debate se inscriba en la liturgia dominical. Debe encontrar su puesto en la vida de la comunidad y la "función homilética", en cualquiera de sus formas, ha de suscitarlo. El futuro de la homilía no depende sólo de una eventual escuela de predicación, sino de la calidad con que la palabra -la Palabra- circule en la Iglesia.

Tradujo y condensó: MÀRIUS SALA